

por bestias. También la leyenda asocia á los dos poetas y hace que uno atraviere las leoneras y el otro pase por una caldera de aceite hirviendo. Fuera de la leyenda, es bella la vida de Juan. Vida ejemplar, que sufre extrañas expansiones, que pasa desde el Gólgota hasta Patmos y desde el suplicio del Mesías hasta el destierro de un profeta. Después de asistir Juan á los suplicios de Cristo empiezan sus sufrimientos; el recuerdo de lo que le vió padecer le convierte en apóstol y su resignación en mago. De la magnitud de esta prueba resulta la grandeza de su espíritu. Siendo obispo escribe el Evangelio y en el destierro el Apocalipsis, obra trágica que parece dictada por un águila, como si el poeta hubiera visto cernerse sobre él sombría agitación de alas. Toda la Biblia está entre dos visionarios; entre Moisés y Juan: ese poema de los poemas empieza por el caos, en el Génesis, y termina por truenos, en el Apocalipsis. Juan fué uno de los grandes errantes de la lengua de fuego. Durante la cena apoyó la cabeza sobre el pecho de Jesús y dijo: "Mis oídos han escuchado los latidos del corazón de Dios." Después lo refirió á los hombres. Hablaba el griego bárbaro, salpicado de giros hebreos y de palabras siriacas. Estuvo en Efeso, en la Media y en el país de los parthos. Se atrevió á entrar en Tesifon, ciudad que se construyó para rivalizar con Babilonia; combatió al ídolo viviente, que se llamaba Cobaris, que era rey, dios y hombre á un mismo tiempo, que permanecía enteramente inmóvil sobre su abierto pedestal, que le servía á un tiempo de trono y de letrina. Evangelizó la Persia. Cuando apareció en el Concilio de Jerusalem, creyeron ver en él á la columna de la Iglesia. Vió con estupor á Cerinto y Ebion, que decían que Jesús solo fué un hombre. Cuando le preguntaban sobre este misterio, contestaba: "Amaos los unos á los otros." Murió á los noventa y cuatro años, en el reinado de Trajano. Según la tradición, no ha muerto todavía; se conserva vivo en Patmos, como Barbaroja en Kaiserslantern. Juan, como historiador, tiene otros parecidos, como Mateo, Lucas y Marcos; pero como visionario, es único. Ningún sueño se acerca al suyo, ninguno hay que se le parezca: sus metáforas salen locas de la eternidad; su poesía tiene marcada la sonrisa de la demencia; la reverberación de Jehová reside en sus pupilas; es lo sublime en pleno extravío. Los que no le comprenden, ó le desdeñan

ó se rien de él. Voltaire dice que el *Apocalipsis es una porquería*. Como las religiones necesitan de este libro, lo veneran y lo colocan en los altares; si no lo necesitaran, lo arrojarían á un muladar. Pero esto nada importa; Juan es un génio. Cuando está en Patmos, comprendemos que existen comunicaciones entre ciertos géneos y el abismo; en otros poetas se adivina esta comunicación, pero en Juan se vé, y en algunos momentos se toca, y nos causa estremecimientos. Leyendo el poema de Patmos se nos antoja que alguien nos empuja por detrás hácia el abismo que á nuestra vista se dibuja confusamente, y sentimos el espanto que causa la atracción.

§ X.

Pablo, santo para la Iglesia y grande para la humanidad, representa el prodigio divino y humano á un mismo tiempo de la conversión. Se le apareció el porvenir y permaneció rudo, pero majestuoso, conservando la faz inalterable del que fué vencido por la luz. Pablo nació fariseo, fué tejedor de pelo de camello para fabricar tiendas y criado de Gramaliel, uno de los jueces que juzgaron á Jesucristo, y luego le educaron los escribas. Era hombre feroz: guardaba los mantos á los apedreadores, y habiendo estudiado con los sacerdotes, aspiraba á llegar á ser verdugo. Para conseguirlo emprende un viaje, en el que de repente un raudal de luz que sale de las sombras le arroja del caballo. Y desde entonces se encuentra en la historia del género humano una cosa digna de admiración: el camino de Damasco. El día de la metamorfosis de San Pablo es un día célebre; retened la fecha en la memoria, fué el 25 de Enero del Calendario gregoriano. El camino de Damasco es preciso para la marcha del progreso. Es sublime caer en la verdad y levantarse siendo hombre justo, porque esa caída es una transfiguración. Esta es la historia de San Pablo, y partiendo desde él, esta será la historia de la humanidad. El rayo de luz es más poderoso que el rayo de la tempestad. El progreso se realiza por medio de una serie de deslumbramientos. A San Pablo le trastorna la fuerza de la convicción nueva, que abre paso á su génio. Después que afirma el pié, marcha y ya no se detiene. Adelante! es su grito. San Pablo es cosmopolita. Ama y se consagra á los extranjeros, que el paganismo llama bárbaros y el cristianismo gentiles. Es el apóstol del exterior.

Dirige á las naciones epístolas de parte de Dios. Escuchad lo que escribe dirigiéndose á los Gálatas: "Gálatas insensatos, ¿cómo podeis volver al yugo que os oprimia? Ya no hay ni judíos, ni griegos, ni esclavos; no cumplais las ceremonias que ordenan vuestras leyes. Os declaro que no tienen ningún valor. Amaos: se trata de modificar al hombre, y sois llamados á gozar de la libertad." Todavía se conservan en Atenas, en la colina de Marte, gradas abiertas en las rocas, que servían de asiento á los severos jueces ante quienes compareció Orestes y fué juzgado Sócrates. Una noche se presentó allí Pablo (el Areópago solo se reunía por la noche) y dice á aquellos hombres sombríos: *Vengo á anunciaros el Dios desconocido*.

Las epístolas de San Pablo á los gentiles son sencillas y profundas, tienen la sutileza que es tan poderosa para los salvajes. Hay en ellas resplandores de alucinación; habla de los Celestes como si los viera con entera claridad. Sus pensamientos, lo mismo que los de Juan, ya se inspiran en el mundo, ya en lo ignorado, como si en ciertos momentos un versículo del uno respondiera al versículo del otro por encima de la tumba. Esta semiposesión de la muerte le dá cierta certidumbre personal y con frecuencia distinta de la del dogma, y una acentuación tan marcada de sus ideas individuales, que casi le hace ser herético. Su humildad, que funda en el misterio, es altiva. Pedro decía: *Es fácil interpretar las palabras de Pablo en mal sentido*. El diácono Hilario y los luciferianos aseguran que ocasionaron su cisma dichas epístolas. Pablo es en el fondo tan antimonárquico, que el rey Jacobo I, alentado por la ortodoxa Universidad de Oxford, hizo quemar por mano del verdugo la epístola á los Romanos, á pesar de los comentarios de David Parens. Las más bellas obras de Pablo fueron canónicamente condenadas, entre otras su epístola á los Laodiceos, y su Apocalipsis fué borrado por el Concilio de Roma en tiempo de Gelasio. Sería muy curioso comparar este Apocalipsis con el de Juan. Sobre la abertura que Pablo hizo en el cielo, la Iglesia escribió: *Puerta condenada*. Por eso no deja de ser santo; este es su consuelo oficial. Pablo manifiesta la inquietud del pensador; pasa por el texto y por la fórmula sin fijar la atención, porque no le basta la letra muerta. Como todos los hombres del progreso, habla con reservas de la ley escrita; prefiere á la ley la

gracia, así como nosotros preferimos la justicia á la ley. Qué es la gracia? La inspiración que viene de arriba, el soplo, *fiat ubi vult*, la libertad. La gracia es el alma de la ley. El descubrimiento del alma de la ley pertenece á San Pablo; lo que él llama gracia desde su punto de vista celeste, nosotros, desde el punto de vista terrestre, llamamos derecho. Tal es San Pablo. La dilatación de la inteligencia por la irrupción de la luz y la verdad impuesta violentamente al alma distinguen á este personaje. Esta fué la virtud que tuvo para él el camino de Damasco. En adelante, los que quieran creerse seguirán la dirección que les señala el dedo indicador de San Pablo. Marcharán en esa dirección los que posean el sentimiento de la justicia, los ciegos que deseen ver, los que busquen convicciones, los grandes aventureros de la virtud. La luz que allí encuentren cambiará de naturaleza; pero la luz, siempre relativa á las tinieblas, crecerá en intensidad; después de ser revelación, será racionalismo, pero siempre será luz. Voltaire vá, como San Pablo, por el camino de Damasco, que será perpétuamente el pasaje de los grandes espíritus y también el pasaje de los pueblos. Porque los pueblos, vastos individuos, tienen, como los hombres, su crisis y su hora. Pablo, después de su augusta caída, se levanta armado contra los antiguos errores con la espada fulgurante del cristianismo, y dos mil años después, la Francia, exuberante de luz, se levantará también, blandiendo la flamíjera espada de la revolución.

§ XI.

Dante construyó en su espíritu el abismo y escribió la epopeya de los espectros. Vacía la tierra, y en el terrible agujero que hace en ella coloca á Satanás. Después la empuja por el purgatorio hasta el cielo. Donde todo acaba empieza Dante. Dante está más allá del hombre, más allá, pero no fuera. Esta singular proposición nada tiene de contradictoria, siendo como es el alma la prolongación del hombre en lo infinito. Dante tuerce la sombra y la claridad en espiral monstruosa, que baja y sube, formando inaudita arquitectura. En el umbral se vé la espuma sagrada y atravesado en la puerta el cadáver de la esperanza. Todo lo que se distingue más allá son tinieblas; la angustia inmensa solloza confusamente en lo invisible; nos asociamos á su poema abismo; ¿será porque

se asemeja á un cráter? Se oyen allí detonaciones; sale de allí el verso recto y lívido como de las fisuras de una solfatará; primero parece vapor, despues larva; habla y entonces reconocemos que el volcán entrevisto es el infierno. Aquel no es el sitio que habitan los hombres; es un precipicio desconocido. Se resumen en este poema en revuelta confusion lo imponderable con lo ponderable, sometiéndose lo primero á la ley de lo segundo; confusion parecida á los desplomamientos que producen los incendios, en los que el humo, arrastrado por las ruinas, cae envuelto entre escombros, para desaparecer bajo maderos y piedras; por eso produce extraños efectos; parece que el dolor y el castigo allí no lo sufren los hombres, sino las ideas. La idea hecha hombre para sufrir la expiacion, es un fantasma que tiene algo de la sombra: impalpable, mas no invisible, con la apariencia de suficiente realidad para sentir el castigo; es la falta en estado abstracto que conserva forma humana. En esta Apocalipsis no solo se lamenta el malvado, sino tambien el mal. Todas las malas acciones posibles son allí presa de la desesperacion, y le dá al poema la espiritualizacion de la pena, poderoso sentido moral. Cuando Dante llega al fondo del infierno lo atraviesa y sube por el otro lado del infinito. A medida que se eleva se idealiza, y el pensamiento deja caer el cuerpo como quien abandona una vestidura. De Virgilio pasa á Beatriz. En el infierno le guia el poeta y en el cielo la poesia. La epopeya continúa y se agiganta, pero el hombre no la comprende ya. El purgatorio y el paraíso son tan extraordinarios como la Gehenna, pero á medida que asciende nos desinteresa; nos encontramos mejor en el infierno que en el cielo; el hombre no se reconoce en los ángeles; quizás los ojos humanos no han sido creados para resistir tan plena luz, y cuando el poema entra en la felicidad, fastidia. Algo semejante sucede á los seres felices. Casad á los amantes y llevad las almas al paraíso; eso es muy agradable, pero buscad al drama en otra parte. Nada le importa al Dante que no le sigais; seguirá andando sin vosotros; ese leon puede ir solo. Su obra es prodigiosa. Es un gran filósofo ese visionario; es un sábio ese loco. Dante inspira á Montesquieu, y las divisiones penales del *Espíritu de las leyes* están calcadas sobre las clasificaciones infernales de la *Divina Comedia*. Lo que Juvenal hace con la Roma de los

Césares, Dante lo hace con la Roma de los papas; pero Dante es justiciero hasta un grado más terrible que Juvenal; Juvenal azota con disciplinas y el Dante flagela con llamas; Juvenal condena y el Dante maldice.

§ XII.

Rabelais es la Galia, y quien dice la Galia, dice la Grecia; porque en el fondo tiene el mismo sabor la sal ática y la chispa gala, y dejando aparte los edificios, nada se parece tanto al Pireo como la Rapea. Rabelais es superior á Aristófanes en la bondad de sus sentimientos; Rabelais hubiera defendido á Sócrates. En el orden cronológico de los géneos, Rabelais sigue al Dante; tras la frente severa, la cara burlona. Rabelais es la terrible máscara de bronce de la comedia antigua, arrancada de la escena griega y convertida en rostro humano y vivo, que viene á reirse de nosotros con nosotros y entre nosotros. El Dante y Rabelais se educaron con los Franciscanos, como Voltaire se educó despues con los Jesuitas. Dante representa el dolor, Rabelais la parodia y Voltaire la ironía; á los tres los educa la Iglesia y los tres se vuelven contra ella. Todos los géneos tienen su invencion ó su descubrimiento; Rabelais dió con un hallazgo, con el vientre. El hombre lleva en sí una culebra que le tienta, le hace traicion y le castiga: esta culebra es el intestino. El hombre, sér indiviso como espíritu y completo como hombre, posee para llenar su mision terrestre tres centros, el cerebro, el corazon y el vientre; cada uno de estos centros es augusto por la gran funcion que ejerce; el cerebro por el pensamiento, el corazon por el amor y el vientre por la paternidad y la maternidad. El vientre puede ser trágico. *Feri ventren*, dice Agripina. Catalina Sforza, al ver amenazados de muerte en una almena de la ciudad de Rímni á sus hijos que cogieron en rehenes, se descubrió hasta el ombligo, diciendo al enemigo: *Ved de dónde nacen otros*.

En una de las convulsiones épicas de Paris, una mujer del pueblo, de pié en una barricada, se levantó las sayas, enseñó al ejército el vientre desnudo y gritó: *Matad á vuestras madres!* Los soldados la acribillaron á balazos. El vientre tiene su heroísmo; pero esto no obstante, de él nacen en la vida la corrupcion y en el arte la comedia; el pecho, sitio del corazon, termina en la cabeza; el vientre, en el falo. Como el vientre es el centro de

la materia, constituye nuestra satisfaccion y nuestro peligro; encierra el apetito, la saciedad y la podredumbre. Las abnegaciones y las ternuras que nacen en él, mueren pronto transformándose en egoísmo, que con facilidad las entrañas se convierten en intestinos. Cuando el himno pasa á cancion de borracho y la estrofa á copla, buscad la causa en el vientre, en la bestia que acompaña al hombre, y encontrareis en él la ley que preside á esta degradacion. La escala de la poesia sensual tiene su escalon más alto en el *Cántico de los Cánticos* y su escalon más bajo en la copla silenciosa. El vientre dios es Sileno, el vientre emperador es Vitelio y el vientre animal es el cerdo. Uno de los horribles Ptolomeos se llamaba el vientre *Physcon*. Para la humanidad, el vientre es un peso terrible que rompe á cada instante el equilibrio entre el alma y el cuerpo. El vientre llena la historia. Es responsable de casi todos los crímenes y además de todos los vicios. De su sensualidad nacen los sultanes y de su embriaguez los czares. El es el que enseña á Tarquino el lecho de Lucrecia; él es el que promueve la discusion sobre la salsa del rodaballo en el Senado que estaba esperando á Breno y deslumbró á Yugurta; él es el que aconsejó al libertino y arruinado César que pasara el Rubicon. Pasar el Rubicon es pagar las deudas, es proporcionar mujeres y buenas comidas; y los soldados romanos entran en Roma lanzando este grito: *Urbani, claudite uxores; máchum calvum adducimus*. Cuando el apetito corrompe la inteligencia, la voluptuosidad sustituye á la voluntad, el principio de la orgía tiene algo noble; hay alguna diferencia entre estar alegres y estar borrachos; pero la orgía degenera en bacanal. El que era Salomon se convierte en Ramponneau. El hombre es un tonel. Sumergiendo el pensamiento en un diluvio de ideas tenebrosas, la conciencia ahogada rompe sus misteriosos hilos con el alma ébria y se consume el embrutecimiento, que no solo es cínico, sino bestial. Cuando desaparece Diógenes, queda el tonel. El hombre empieza por ser Alcibiades y termina por ser Trimalecion. Entonces ya no le queda nada; ni dignidad, ni pudor, ni honor, ni virtud, ni talento. El pensamiento se disuelve en la hartura, el placer de la carne lo absorbe todo, y desaparece la criatura soberana que poseia alma; en una palabra, el vientre devora al hombre. Ese es el término de todas las sociedades, en las que

el ideal se eclipsa y en las que se llama prosperidad *redondearse*. Algunas veces los filósofos ayudan irreflexivamente á este rebajamiento, ingiriendo en las doctrinas el materialismo que se ha apoderado de las conciencias. Rebajar el nivel del hombre hasta la bestia humana es una gran miseria. Su primer fruto es la liviandad, visible donde quiera sobre todas las cumbres; el juez venal, el sacerdote simoníaco, el soldado *condottiere* y las leyes, las costumbres y las creencias podridas. En el siglo diez y seis todas las antiguas instituciones están así: Rabelais se apodera de la situacion y la consigna levantando acta del vientre, que para él es el mundo. La civilizacion es masa, la ciencia materia, la religion engorda, el feudalismo digiere y la monarquía adquiere las formas de la obesidad. Enrique VIII es una panza, Roma una vieja gruesa y repleta, pero cuya gordura no se sabe si se debe atribuir á salud ó á enfermedad, á robustez ó á hidropepsia. Rabelais, que es médico y sacerdote, le toma el pulso al pontificado, mueve la cabeza y lanza una carcajada; ¿porqué ha encontrado en él la vida? No; porque conoce la agonía de su muerte. Mientras Lutero reforma, Rabelais se burla; ¿quién conseguirá mejor su objeto? Rabelais se burla del fraile, del obispo, del Papa, tocando á rebato sus cascabeles. Leyendo á Rabelais creemos asistir á un banquete y asistimos á una agonía; el hipo tiene á veces varias apariencias. Riamonos tambien. La muerte está en la mesa; la última gota brinda con el último suspiro. Es soberbia la agonía en la orgía; el intestino en ella es el rey; el mundo antiguo se rie y revienta, y Rabelais entroniza esta dinastía de vientres, Grangousier, Pantacruel y Gargantúa. Rabelais es el Esquilo de la comida, lo que tiene cierta grandeza cuando se piensa que comer es devorar; el gloton es tambien abismo. Comed, pues, señores del mundo, bebed y terminad. Vivir es una cancion cuyo estribillo es morir. Otros cavan calabozos horribles para el género humano depravado; el subterráneo que cava Rabelais es una bodega. El universo que Dante metia en el infierno, Rabelais lo mete dentro de un tonel. Su libro no es otra cosa. La cuba prodigiosa contiene los siete círculos que imagina el Dante; mirad dentro del tonel monstruoso y los encontrareis tambien. En Rabelais se llaman: Pereza, Orgullo, Envidia, Avaricia, Ira, Lujuria y Gula; ¿y sabéis dónde

os conduce el terrible bufon? Pues os conduce á la Iglesia. El tema del sacerdote de este sermón son los siete pecados. Rabelais es sacerdote, y como la enmienda bien entendida debe empezar por uno mismo, comienza por el clero. En esto se conoce que es de casa. El pontificado muere de indigestion y sugiere una farsa á Rabelais, pero una farsa digna de Titán. La alegría pantagruélica no tiene menos grandeza que la alegría de Júpiter. La mandíbula monárquica y sacerdotal come y la mandíbula de Rabelais se ríe. Todo el que ha leído á Rabelais tiene siempre á la vista la máscara de la comedia mirando fijamente á la máscara de la teocracia.

§ XIII.

Cervantes es también una de las formas de la burla épica; como dijo el que escribe estas líneas (1), hay entre la Edad Media y la edad moderna, después de la barbarie feudal, colocados en ese punto para terminar con ella, dos Homeros bufones: Rabelais y Cervantes. Resumir el horror por medio de la risa es verdaderamente terrible. Eso es lo que han hecho Rabelais y Cervantes; pero la burla de Cervantes no se parece á la risa franca de Rabelais. Es el buen humor del hidalgo, como la de este último es la jovialidad del cura. "Caballero, yo soy el señor D. Miguel de Cervantes Saavedra, poeta de espada, y en prueba de ello manco." No se encuentra en Cervantes la alegría grosera; apenas se descubre en él algo del cinismo elegante. El burlesco es fino, acerado, culto, delicado, casi galante. Hubiera corrido el riesgo de que le achicaran sus coqueterías si no hubiera estado dotado del profundo sentido poético del Renacimiento. Por eso su gracia no degenera nunca en desenfado. Cervantes tiene una quimera como Juan Goujon, Juan Coussin, German Pilon y Primatrice, y de ella surgen todas las grandezas inesperadas de la imaginación. Añadid á esto la intuición maravillosa de los hechos íntimos del espíritu y la filosofía inagotable en aspectos que posee, que le hacen aparecer como dueño de un mapa nuevo y completo del corazón humano. Cervantes vé el interior del hombre. Su filosofía se combina con su instinto, cómico y novelesco, y de esta combinación proviene lo súbito, apareciendo á cada momento en sus personajes, en su acción y en su estilo; lo im-

(1) Prefacio del drama *Gromwell*.

previsto constituye una magnífica aventura. Es ley de las grandes obras que los personajes estén de acuerdo consigo mismos, pero que los hechos y las ideas se arremolinen á su alrededor, que se renueve perpétuamente la idea madre y que sople sin cesar el viento que produce los relámpagos. Cervantes es un combatiente; se apodera de una tesis y escribe un libro social. Los poetas son combatientes del espíritu. ¿Dónde aprenden á luchar? En la misma lucha. Juvenal fué tribuno militar y Cervantes estuvo en la campaña de Lepanto, como Dante en Campalvino y como Esquilo en Salamina. Después de esta prueba pasan por otra más dura; Esquilo, Juvenal y el Dante son condenados al destierro y Cervantes á una cárcel. Esta es la justicia que se hace á los servicios que han prestado. Cervantes posee como poeta los tres dones soberanos: la creación, que produce los tipos y que cubre de carne y de huesos las ideas; la invención, que hace chocar las pasiones contra los sucesos y al hombre contra el destino, produciendo el drama; y la imaginación, que, como el sol, dá claro-oscuro á todas las partes, produce el relieve y dá la vida. La observación puede adquirirse, y por consecuencia más que un dón es la cualidad que vá unida á la creación. Con Cervantes entra resueltamente un recién venido que vislumbraba Rabelais, el buen sentido, el sentido común, que se entrevé en Panurgo y que se vé ya de lleno en Sancho Panza.

Llega como el Sileno de Plauto, y puede decir como él: *Soy un dios que voy montado en un asno*. La sagacidad aparece muy pronto, pero la razón viene muy tarde en la historia extraña del espíritu humano. ¿Hay algo más sagaz que las religiones y hay algo que sea menos racional? Moralmente son verdaderas; dogmáticamente, falsas. Hay sabiduría en Homero y en Job; pero la razón como ésta debe ser para vencer las preocupaciones, esto es, completamente armada y en pie de guerra, no aparece hasta con Voltaire. El sentido común no es la perspicacia ni la razón; participa de ambas y de cierta mezcla de egoísmo. Cervantes lo pone á caballo de la ignorancia, y al mismo tiempo, para completar su irrisión profunda, dá la fatiga por montura al heroísmo. Así presenta uno tras otro, y el uno con el otro, los dos perfiles del hombre, y los parodia, sin tener más compasión de lo sublime que de lo grotesco. El hipógrifo se convierte en Rocí-

nante. Detrás del personaje ecuestre, Cervantes crea y pone en marcha al personaje asnal. El entusiasmo entra en campaña, pero la ironía detiene sus pasos. El asno, que conoce los molinos, juzga los famosos hechos de D. Quijote, sus espolazos y sus lanzadas. La invención de Cervantes es magistral, hasta el punto de que hay entre el tipo y el cuadrúpedo complementario adherencia estatutaria. El razonador y el aventurero se identifican con sus cabalgaduras, de tal modo que es imposible desmontar á Sancho Panza y á D. Quijote. Cervantes contempla el ideal como el Dante; pero juzgándolo de imposible realización, se burla de él y Beatriz se convierte en Dulcinea. Burlarse del ideal sería un defecto en Cervantes, pero este defecto solo es aparente; fijaos bien y vereis que su sonrisa esconde una lágrima. En realidad, Cervantes simpatiza con D. Quijote, como Molière con Alceste. Es preciso saber leer estos libros, sobre todo los del siglo diez y seis, por las amenazas que pesaban sobre la libertad de pensar; tienen la mayor parte de ellos un secreto que es necesario abrir, y cuya llave se pierde con frecuencia. Rabelais tiene algo que debe sobreentenderse; Cervantes tiene un aparte; Maquiavelo doble ó triple fondo. De todos modos, á Cervantes se le debe el gran hecho del advenimiento del sentido común. El sentido común no es una virtud; es el ojo del interés, que hubiera animado á Temístocles y hubiera dado malos consejos á Aristides. Ni Leonidas ni Régulo tuvieron sentido común, pero ante monarquías egoístas y feroces, que por su provecho propio arrastran á la guerra á los pueblos, incitando á los hombres á matarse por medio de las altisonantes frases de honor militar y de gloria bélica, el sentido común es un admirable personaje que se presenta en escena, gritando de repente al género humano: ¡Guarda la vida!

§ XIV.

Qué es Shakespeare? Casi podría contestarse: Es la tierra. Lucrecio es la esfera y Shakespeare es el globo. En el globo hay más y hay menos que en la esfera; en la esfera está el Todo y en el globo el hombre; en éste el misterio exterior, en aquella el misterio interior. Lucrecio es el sér, Shakespeare la existencia, y por eso hay tantas sombras en Lucrecio y tanta ebullición en Shakespeare. La tierra contempla y recorre el

cielo, conociendo sus dos aspectos de oscuridad y de luz, de duda y de esperanza. La vida se agita en medio de la muerte. La vida es un secreto, una especie de paréntesis enigmático entre el nacimiento y la agonía, entre los ojos que se abren y los ojos que se cierran. De este secreto tiene Shakespeare la inquietud. Lucrecio existe, pero Shakespeare vive. En éste los pájaros cantan, los arbustos florecen, los corazones aman, las almas sufren, las nubes vagan, hace calor y frío, llega la noche, el tiempo pasa, los bosques y las multitudes hablan y flota el vasto y eterno sueño. Están en él la savia y la sangre, todas las formas del hecho múltiple, las acciones y las ideas, el hombre y la humanidad, las soledades, las ciudades, las religiones, el flujo y reflujo de los séres. Los muertos salen de la tierra, ó, lo que es igual, de su génio. Los espectros visitan algunos lugares siniestros en Shakespeare, que es hermano del Dante, y ambos se completan. Dante es la encarnación de lo sobrenatural y Shakespeare es la encarnación de la naturaleza, y como ambas regiones forman en lo absoluto la misma unidad, aunque nos parecen diversas, Dante y Shakespeare, aunque son desemejantes, se adhieren en el fondo. En Dante se vé al hombre y al fantasma en Shakespeare. La calavera pasa de manos del Dante á manos de Shakespeare, y Ugo-lino la muerde y Hamlet la interroga. Quizás se desprende de ella sentido más profundo y más alta enseñanza en el segundo que en el primero. Shakespeare la sacude y hace que de ella caigan estrellas. La isla de Próspero, el bosque de las Ardenas, el matorral de Armury y la plataforma de Elsenour, tienen, por la sombría reverberación de la hipótesis, tanta luz como los siete círculos de la espiral del Dante. La semiquimera y la semiverdad se dibujan en el uno y en el otro, dejando entrever ambos el horizonte crepuscular de la conjetura. En el uno y en el otro se encuentra lo posible, que es la ventana que abre el sueño en lo real. Lo real abunda en Shakespeare; tiene la emoción, el instinto, el grito verdadero, el acento justo y el rumor de las muchedumbres humanas. Su poesía es él y al mismo tiempo es los demás. Shakespeare es un elemento igual á Homero. Génios de esta magnitud surgen en todas las crisis decisivas de la humanidad, reasumen sus aspectos y completan las revoluciones. Homero marca en la civilización el fin del Asia